



Manuel Longares

El oído absoluto



© I. Montero Peláez / Galaxia Gutenberg

Manuel Longares

Nació en Madrid en 1943. Sus tres primeras novelas: *La novela del corsé* (1979), *Soldaditos de Pavía* (1984) y *Operación Primavera* (1992), pertenecen al ciclo experimental titulado *La vida de la letra* (Galaxia Gutenberg, 2014). La novela siguiente, *No puedo vivir sin ti* (1995), sirve de transición al ciclo formado por *Romanticismo* (2001) y *Nuestra epopeya* (2006). Sus dos últimas novelas son *Los ingenuos* (2013) y *El oído absoluto* (2016). Es autor de dos libros de cuentos: *Extravíos* (1999) y *La ciudad sentida* (2007) y de uno de relatos, *Las cuatro esquinas* (2011). Ha traducido el libro de sonetos de J. V. Foix, *Sol, i de dol* (*Solo y dolido*, 1993). Premio Nacional de la Crítica por *Romanticismo*, ha recibido también el Ramón Gómez de la Serna, el NH de relatos, el Francisco Umbral y el premio de los Libreros de Madrid.

Ésta es una novela sobre la literatura. Sobre escritores y ágrafos, sobre el editor y el lector, sobre el estudioso y el discípulo, sobre las musas y los censores, sobre los mudos y los locuaces, sobre la bohemia y los manuscritos de memorias. Sobre la grandeza y la miseria de un oficio cuya recompensa reside en dedicarse a las palabras.

Sucede en una época que abarca la parte central del siglo pasado, con su guerra civil y su posguerra. Gira en torno a un poeta de pueblo que en la capital convive con el triunfo, el destierro y la locura. Y la narración de la peripecia se apoya en versos y prosas de autores clásicos y contemporáneos y en fragmentos de zarzuela, revista musical y copla..

El oído absoluto, octava novela de Manuel Longares, presenta un mundo heroico, desatinado y cruel. El desarrollo narrativo es muy divertido, con personajes sustancialmente extravagantes. Son los cultivadores del patrimonio literario que heredaron y que confiarán en bibliotecas a sus descendientes.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: abril 2016

© Manuel Longares, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016
Ilustración de portada:

Los poetas contemporáneos. Una lectura de Zorrilla en el estudio del pintor,
Antonio María Esquivel, 1846. Madrid,
Museo Nacional del Prado. Óleo sobre lienzo, 144 × 217 cm.
© MNP / Scala, Florencia, 2016

Conversión a formato digital: María García
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-XXXXX-XX-X

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Posee oído absoluto para la música el que identifica por su nota la sonoridad que percibe. Es decir, el capaz de distinguir lo auténtico.

A la llamada del timbre, Palmira abrió la puerta y los encargados de la mudanza la saludaron como una coral que impartiera pésames a domicilio. El calvo sostenía sin dificultad la escalera de mano, pero el otro, gordito, se agobiaba con las planchas de cartón y el rollo de cuerda. Palmira, que les esperaba desde primera hora de la mañana, los guió a una rotonda atestada de libros donde dos ventanales quebraban la continuidad de las estanterías.

Mientras los hombres convertían los cartones en cajas – entre reproches y amenazas, pues se mostraban desavenidos–, Palmira se refugió en el cuarto donde murió su primo Máximo. Pero cuando empezaron a caer los libros en las cajas como si echaran tierra sobre el ataúd cerrado del difunto, se alejó a la cocina. Desazonada, fregó la taza y la cuchara del desayuno, puso unas lentejas en agua y revisó el contenido del frigorífico por si necesitaba ir al mercado.

Almorzó a hurtadillas y cuando los tipos de la mudanza se marcharon, renegando el uno del otro, regresó a la rotonda. Las cajas repletas de volúmenes, precintadas y atadas, entorpecían el tránsito. Los anaqueles vacíos de la biblioteca y el suelo deslucido y con colillas la deprimieron. Y ante la degradación de ese salón de lectura, que era el principal de la casa, se echó a llorar.

–Si lo viera Máximo –repetía.

El primo Máximo había vendido la biblioteca al Ayuntamiento de su pueblo para pagar los gastos de su enfermedad. Pero durante la negociación no fue tan exigente en

sus pretensiones económicas como en aplazar el traspaso a su fallecimiento. Ya con un pie en el estribo –enfaticaba a su prima–, le dolía separarse de sus libros. Y las autoridades de Pagán accedieron al capricho de aquel paisano que más parecía en el otro mundo que en éste.

«En la villa de Pagán –les asignaba el anónimo–, muchos piden, pocos dan.»

Entretanto, Palmira se empeñó en forrar los libros de blanco. Actuaba sin consultarlo con su primo, persiguiendo una simetría que a su juicio revalorizaba el conjunto. Pero cuando Máximo alcanzó un acuerdo con los compradores, Palmira renunció a su tarea. Era absurdo reanudarla –consideró–, si no influía en el precio. Y desde entonces la biblioteca de la rotonda, uniformada a medias, presentaba el aspecto de un traje con parches.

No se enteró Máximo de esta iniciativa de su prima. Con el agravamiento de su dolencia pasaba acostado la mayor parte del tiempo y cuando Palmira lo levantaba de la cama y lo conducía a pasitos al sofá de la rotonda, le faltaba vista –y curiosidad– para descubrir los cambios de su biblioteca. En el sector ubicado entre los ventanales, elegía Palmira uno de esos tomos que ella había vestido de dominico y le leía un fragmento:

Hoy ha muerto mamá. O quizá ayer. No lo sé. Recibí un telegrama del asilo...

Pero así escogiera para entretenerlo literatura contemporánea o clásica...

La Aurora, de azafanado velo, de las corrientes de Océano se levantaba para proporcionar luz a los inmortales y a los humanos...

... a Máximo sólo le interesaba el cuaderno en el que hablaba de su padre, el poeta Max Bru. Lo tuvo en su mesilla de noche mientras gozó de salud y pudo escribir en él robando horas al sueño, pero cuando enfermó y la invasión de medicinas transformó su dormitorio en un hospital de campaña, el cuaderno fue llevado a la biblioteca de la ro-

tonda y no para usarlo él, pues ya no podía valerse, sino para que Palmira anotara en sus hojas lo que él decía.

Máximo estuvo dictando a Palmira hasta que le fallaron las fuerzas. Receloso de su memoria –porque lo desamparaba a mitad de una frase incitándolo a peregrinar tras la referencia extraviada como ciego sin lazarillo–, fiaba al sentido común de su interlocutora la coherencia de su discurso y, con ello, la posibilidad de editarlo el día de mañana.

–Entrégaselo a Esquivias –sugería–. No pagará mucho, pero cumple.

La muerte de Máximo estancaba el proyecto y el cuaderno se cubría de polvo en su anaquel. Los operarios debieron excluirlo de la mudanza por no tener formato de libro. Palmira lo limpió por encima. Para su sorpresa, no era el que había manejado: una letra diminuta reemplazaba a la suya.

«En el nombre de Max Bru –leyó en la primera página–, poeta por la gracia de Dios.»

Palmira midió la consistencia del cuaderno, algo más grueso que el utilizado por Máximo y ella. ¿Estaba ante las Memorias del padre de Máximo?

«Una joven me cuidó de niño, aunque yo la cuidaba más –comenzaba el texto–. Por delicada y compasiva, no me apartaba de su lado. Con el candor de la infancia le juré fidelidad eterna y una mañana la encontraron muerta en su cama. Se había ido sin avisarme y, tal vez, sin darse cuenta: su cara no reflejaba el sufrimiento de los que la sobrevivimos.»

–Primer amor, primer dolor –murmuró Palmira–. Y primer chasco, también.

«De su ausencia no me consoló el paso de los años sino la que me robó el corazón. Su estampa me obsesiona día y noche, cuando cierro los ojos y cuando despierto, pero mi cuerpo gastado no responde a su hechizo.»

–¡Cuánto habría disfrutado Máximo con las Memorias de su padre! –especuló Palmira.

«A los acordes del pianista endereza la figura y al vaivén de sus tacones cimbreo las caderas y modula el arabesco de las manos. Y con el resplandor de los bienaventurados se desliza sobre los algodones del cielo de tal modo que deseársela duele.»

–El padre no quiso dar sus Memorias al hijo –recordó Palmira–. Le avergonzaban.

«¡Adiós al garbo que promovía el donaire! La enfermera de este pabellón de desahuciados ciñe a mi cuello una sábana, me enjabona la cara y afila la navaja. Ante su anatomía sin relieve (de tanta penitencia las samaritanas están en los huesos), añoro el estímulo de las impuras. Y así, mientras me afeita, sitúo a la bailaora de mis fantasías sobre el palpitante tablado...»

–El que trajo las Memorias del padre me quitó las del hijo –intuyó Palmira.

Aburrida, puso la televisión. Retransmitían una comedia rusa de la época zarista, en la que unos terratenientes de trajes frescos y sombreros de paja abandonaban la casa de campo familiar donde transcurrieron sus vacaciones de verano. Bajo la lluvia de otoño arrancaba su carruaje entre adioses y agitar de pañuelos, cuando un criado mayor y algo enfermo reclamaba formar parte de la expedición. Desde una ventana de la finca planteaba a sus señores si el acto de dejarlo en tierra constituía una broma o un despiste, ya que no podía comprender que regresaran a la capital de Rusia sin servidumbre. Pero el conductor, en vez de atender al quejoso e incorporarlo a la comitiva, proseguía su camino e incluso aceleraba, como si lo rehuyese. Inquieto, el criado llamaba a sus amos por su nombre de pila, y con la confianza de haberlos visto nacer les preguntaba si lo privaban del viaje de vuelta en castigo a su comportamiento en la ida. Pero desde esa ventana que utilizaba como plataforma de su elocuencia y por más que se desgañitara, no debían de llegar sus palabras al coche, o sus superiores se abstenían de comentarlas, por lo que el criado, al notarse

tan distante de ellos como de su carruaje y muy cerca de perder el tesoro de su aprecio, sacaba fuerzas de flaqueza para requerirles, con la voz más patética de su registro, que no prescindieran de él, porque si lo confinaban hasta el verano próximo en esa casa de campo donde no había señores a los que cuidar, quedaría a merced del capataz y de su pelotón de carniceros que todas las mañanas salían a pelear con las fieras del bosque. El criado rogaba a sus amos que por su buena conducta le evitaran ese suplicio. Y como no demandaba un imposible ni iba a ser el primer indultado de la historia, ante la eventualidad de que dieran marcha atrás y se avinieran a recogerlo no se apartaba de la ventana, abierta de par en par pese a la baja temperatura. Reconocía el criado que si esta contrariedad le hubiera pillado de mozo, en vez de cruzarse de brazos hasta que lo rehabilitaran, habría ensillado el caballo y peregrinado a Moscú, para obtener la gracia de sus jefes. Pero a estas alturas de la vida, los minuciosos achaques de la vejez le incapacitaban para galopadas, detestaba la humedad, le destemplaba el frío y, como el mal tiempo le arrebatava oyentes, elevaba sus cuitas al cielo encapotado tensando el cuello a la manera del perro cuando gime, hasta que se le quebraba la garganta o le atascaba la tos. Entonces, para alardear de agilidad aunque las articulaciones le martirizaban, y como si gozara de facultades para percibir lo que nadie captaba a simple vista, fijaba su mirada en la senda por donde desaparecieron esos viajeros que eran sus amos, a los que había consagrado su existencia y sin los cuales no entendía el mundo, y movía la mano de un lado a otro en un saludo al horizonte que lo mismo quería decir bienvenidos que hasta siempre. Razonablemente esperanzado en que acabarían acercándose por la misma ruta por la que se fueron, fantaseaba desde su improvisado púlpito con que pisarían la finca entre fanfarrias y le besarían como él los besó de críos, cuando los acunaba para que durmieran o cesaran de llorar. Ilusionado con esta bienvenida y como no

tenía en qué distraerse, le impacientaba la tardanza de sus bienhechores. Pero a medida que pasaban las horas y persistía la lluvia y cerraba la noche y la luna rehusaba posarse en un firmamento tan negro y ni un aullido ni un ladrido ni un gorjeo ni un relincho –y tampoco el arrastrar de una pezuña o el rodar de una carreta– osaban romper el pavoroso silencio de la llanura, le ganaba el desaliento. Durante muchos años había sido indispensable en la cocina, en los establos y en los juegos de salón, donde acertaba todas las adivinanzas, pero hoy nadie contaba con él ni para la encomienda más trivial. Era un rechazo instintivo y más inapelable que si estuviera motivado. Y es que su avanzada edad lo invalidaba para cualquier misión, por lo que, antes que reivindicar el favor de sus amos, debía aceptar su declive.

–Soy un inútil –se resignaba–. ¿Quién me va a contratar débil y achacoso?

Coherentemente, cerraba la ventana, se ajustaba la chaqueta y con una luz se guiaba por el interior del caserón. Atravesaba los aposentos de los amos y las diminutas celdas de los siervos sin cruzarse con nadie, pero ya en la gran sala, donde la desidia impregnaba lámparas y cortinas, revivía las veladas veraniegas de su juventud, cuando el pianista tocaba polonesas en el jardín de los cerezos, los camareeros descorchaban champán y las doncellas se sonrojaban con las agudezas de los brigadieres.

–Sé que aspiro a un imposible, Aleksandra Fiodorovna, pero estoy enamorado de usted.

Y abrazado al espejismo de risas y piropos, bailaba con la soltura de los valseadores de Viena en el siglo en que todavía se guardaban las formas.

–Respetuosamente se lo propongo, Aleksandra Fiodorovna, ¡huyamos a París!

–Ya salió París –refunfuñó Palmira–. ¡Qué tendrá París para trastornar a la gente!

Y desentendiéndose de la televisión, repasó lo que le faltaba por hacer en el piso de Máximo: fregar baldosas y

azulejos, barnizar las baldas de la librería, vigilar a pintores y acuchilladores, almacenar en el guardamuebles lo que no se regalaba a la parroquia, enviar a Pagán la biblioteca de su primo y editar con Esquivias las Memorias del padre y del hijo...

–Un engorro –sentenció, a la vez que el criado ruso se trastabillaba en un giro de vals.

Hoy sólo los criados de comedia morían de viejos en casa de sus señores. Palmira se imaginó entre aquellas paredes, alimentando anécdotas de fantasmas y de herencias y se conjuró a liquidar cuanto antes sus compromisos y escapar unos días a cualquier lugar del mundo menos a París, ciertamente.

–¡Adiós libros y fantasías de sedentario, adiós, biblioteca de Máximo, adiós!

En la televisión, unos hachazos en el jardín de los cerezos interrumpían la condescendencia del criado nostálgico con el vals y los amores heroicos.

–Nadie me informó de esto –se sorprendía el viejo criado–. Y querrán que lo solucione.

Pero no salía a negociar con los leñadores porque los amos habían echado la llave de la puerta.

–Me encerraron –se desmoralizaba–. No vendrán a salvarme del capataz.

Y en el destartalado salón donde había rescatado su época dorada, temblaba al oír los golpes de la piqueta, como si hubiera unido su destino al de los cerezos sacrificados.

–Resistiré la soledad –se decía–. Resistiré entre las ruinas del esplendor.

Y reanudaba los revoloteos postreros del vals, los más imponentes y marciales...

–... Adiós, mi dulce, mi maravillosa Aleksandra Fiodorovna.

Trastornado por el torbellino de la música y con la fatiga en el pecho...

–Adiós mi juventud, mi felicidad...

... se recostaba en el diván más próximo a la chimenea, donde crepitaba el primer fuego de otoño.

–La vida se me fue –susurraba–, *se me figura que no la he vivido...*

Y mientras el criado se apagaba en la casa de campo de sus señores...

–*Ya no me queda espíritu –desvariaba–, ya no me queda nada de nada...*

... Palmira dormía con la televisión encendida entre las ruinas del salón de lectura.

Días después, a bordo del camión que transportaba a Pagán la biblioteca de Máximo, y para distraer de su interminable trifulca a los dos operarios de la mudanza, el calvo y el gordito, Palmira refirió lo que le había contado su primo: que unos años antes de que él naciera, paseó por las calles de Pagán y alternó con sus vecinos el mejor escritor de la Madre Patria.

–El número uno –pontificó, convencida de no suscitar equívoco ni polémica en gentes tan acostumbradas a manejar libros como los empleados de la mudanza.

El escritor no acudía a Pagán a un acto relacionado con su actividad literaria, sino a la cacería organizada en sus dominios por el ilustre paisajista Belvis, el patriarca de sólo dos ideas, pero revolucionarias, que felicitaba las Pascuas a sus amigos de la capital con unas aleluyas al dorso de su fotografía firmada, con chaquetilla torera y castoreño, ante un horizonte de encinas.

–Pegas dos pepinazos y te largas –decían que le dijo Belvis para persuadirlo.

El escritor se alojó en la casa rural del patriarca, donde fue agasajado a cuerpo de rey. Y por esa resonancia que adquieren los sucesos en un lugar pequeño –comentaba Máximo a Palmira–, todos los que no habían leído sus libros quisieron estrechar la mano que los escribió e incluso los sordos jalearon su disertación, improvisada ante unas migas y un clarete, sobre el ansia de los escopeteros cuando el vuelo de la perdiz incendia de ladridos el alba.